

SOCIALISMO Y DEMOCRACIA: ALGUNAS EXPERIENCIAS EUROPEAS (*)

por
IGNACIO WALKER

INTRODUCCION

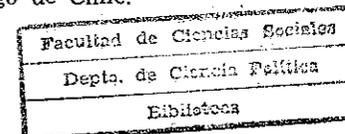
La crítica surgida en las últimas dos décadas, desde diversas esferas, en torno a los así llamados "socialismos reales" (comunismo del Este), ha sido acompañada del surgimiento, especialmente en la Europa meridional, de un nuevo socialismo democrático. Esto último se expresa tanto en el advenimiento al poder de diversos gobiernos socialistas como en el rico debate intelectual en torno a la cuestión de la relación entre socialismo y democracia.

En las páginas que siguen queremos argumentar que dicho fenómeno no es tan "nuevo", y que sus raíces se remontan a la Europa del cambio de siglo, en torno a la llamada "controversia revisionista", en el seno de la social democracia alemana.

En el presente trabajo queremos explorar los orígenes y el desarrollo del socialismo democrático europeo. Nos interesa, en particular, estudiar las principales transformaciones habidas al interior de la izquierda europea, la que ha evolucionado desde un marxismo ortodoxo, de signo revolucionario, al cambio de siglo, hacia un socialismo democrático y reformista, especialmente en el período de la postguerra.

Nuestra proposición es que este fenómeno, que podríamos llamar de "social-democratización" de la izquierda europea, se explica por un conjunto de factores. Entre ellos, mencionamos el tipo de contradicción entre las premisas del marxismo y la realidad del desarrollo capitalista europeo, el impacto del autoritarismo, la dinámica de la competencia

(*) Este trabajo forma parte del programa de CIEPLAN sobre "Desarrollo y Democracia", que ha contado con el apoyo de la Fundación Ford. Una investigación más extensa sobre el tema en referencia está realizando el autor en su tesis doctoral para el Departamento de Política de la Universidad de Princeton. Ha sido tomado de Colección de Estudios Cieplan N° 21, junio de 1987, Santiago de Chile.



electoral y partidaria, las transformaciones en el sistema político y el contexto internacional.

El nivel de análisis está constituido por los partidos políticos de la izquierda europea. Se trata, pues, de un estudio comparativo más que de teoría política, aunque hemos incluido aspectos teóricos que surgen del desarrollo mismo de los partidos a considerar. Estos últimos corresponden a los casos del Partido Social-Demócrata alemán, el Partido Socialista francés y el Partido Comunista italiano. Ellos expresan la rica diversidad de la izquierda europea, en una triple dimensión: social democrata, socialista propiamente tal, y "eurocomunista".

Para el estudio de dichos partidos hemos descansado básicamente en literatura secundaria, sin perjuicio de atender a las fuentes primarias, en los casos de los principales teóricos a considerar: Edward Bernstein y Karl Kautsky, en Alemania, Jean Jaurès, en Francia, y Antonio Gramsci, en Italia.

EL PARTIDO SOCIAL-DEMOCRATA ALEMÁN.

En

Hasta comienzos de siglo, el desarrollo de la izquierda prácticamente se confundía con el de la social-democracia europea. Entre los partidos socialistas europeos, ninguno alcanzó el nivel de desarrollo, teórico y práctico, del Partido Social-Demócrata alemán (PSD). A partir de la Gran Guerra, sin embargo, y tras el cisma que sacudiera a la izquierda, dividiéndola entre social-demócratas y comunistas, aquélla encontró un nuevo impulso vital en el Este, especialmente a partir de la Revolución bolchevique.

La expansión comunista, a lo largo del siglo veinte, de alguna manera opacó el desarrollo del socialismo democrático europeo, el que sólo ha vuelto a resurgir, con inusitado dinamismo, en las últimas dos décadas. Ello coincide con una fuerte crítica, en el seno de la propia izquierda, a los así llamados "socialismos reales", acompañado del surgimiento de una serie de gobiernos socialistas, especialmente en la Europa meridional.

En esta sección queremos argumentar que este "nuevo" socialismo democrático, surgido en Europa, en las últimas décadas, no es tan nuevo, y que no hace sino recoger y reafirmar viejos conceptos que se remontan a la famosa "controversia revisionista", al cambio de siglo, en el seno de la social-democracia alemana. Sostenemos que, en esencia, el socialismo europeo aún corresponde al paradigma socialdemócrata.

Al centro de la llamada "controversia revisionista" (1898-1903), surgida en la forma de una polémica entre Edward Bernstein y Karl Kautsky, al interior del PSD, estuvo la necesidad, expuesta por aquél, de revisar algunos de los principales postulados del marxismo, frente a una rea-

lidad que no correspondía a las premisas fundamentales de este último: (1) la Alemania de fines de siglo, lejos de asistir al "colapso inminente" del capitalismo, producto de sus "contradicciones internas", vivía un período de gran prosperidad económica; (2) la lucha de clases, lejos de acentuarse, mostraba una tendencia conciliatoria, de menores antagonismos sociales, y (3) la clase obrera, con la que la social-democracia casi se confundía, experimentaba un mejoramiento evidente, en base a la acción sindical y parlamentaria.

Frente a esta realidad, las premisas catastrofistas del programa de Erfurt (1891), basadas en los postulados del marxismo, carecían de base de sustentación. Más aún, la vía de la reforma, y no de la revolución, aparecía como la más eficaz en el campo de la lucha por la extensión de los derechos y libertades democráticos. En ese contexto, la social-democracia debía, en la opinión de Bernstein, abandonar una retórica revolucionaria, de inspiración marxista, que estaba obsoleta, y debía reconocer lo que era en realidad: "un partido socialista, democrático, de reforma" (1). Más aún, debía prescindir de las utopías finales, para concentrar sus energías en el movimiento socialista propiamente tal, el que día a día conquistaba nuevos espacios, en una dirección emancipatoria. De allí la famosa sentencia de Bernstein: "el movimiento lo es todo, el objetivo final del socialismo, nada" (2).

Pero eso no era todo: el socialismo no podía disociarse de la democracia y debía reconocerse como el legítimo heredero del liberalismo. Con ello, Bernstein quería enfatizar el vínculo indisoluble entre socialismo y democracia y los elementos de continuidad entre liberalismo y socialismo.

En efecto, señala Bernstein, "la democracia es una condición del socialismo, mucho más de lo que se acepta usualmente: no sólo es el instrumento, sino también la substancia" (3). Así también, el desarrollo de una personalidad libre, de las libertades básicas y de los derechos del individuo comúnmente asociados al liberalismo no debían ser extraños al socialismo: "en relación al liberalismo, como un gran movimiento histórico, el socialismo es un legítimo heredero, no sólo en secuencia cronológica, sino también en sus cualidades espirituales" (4).

Así quedó planteado el debate. La respuesta de la ortodoxia, representada en aquel entonces por Kautsky, a la sazón el principal teórico del PSD, no se hizo esperar: "se declara falsa la teoría del valor, el materialismo dialéctico, la lucha de clases, el carácter proletario de nuestro movimiento... ¿qué queda de marxismo en todo esto?" (5).

(1) BERNSTEIN (1909) p. 197. La traducción de esta cita, como de las que siguen, son del autor.

(2) *Ibid.*, p. XV.

(3) *Ibid.*, p. 106.

(4) *Ibid.*, p. 149.

(5) STEENSON (1978), p. 123.

Este último defendió los principales postulados del marxismo, recogidos en el programa de Erfurt, sobre la intensificación de la lucha de clases y derrumbe del capitalismo, todo lo cual conduciría inevitablemente al socialismo.

Junto con ello, sin embargo, Kautsky reconoció la necesidad de una intensa acción parlamentaria, pese a los estrechos límites reservados para dicha actividad en la Alemania imperial y monárquica de la época. Esto le valió a Kautsky la acusación de "cretinismo parlamentario", de parte de la izquierda del PSD, representada, entre otros, por Rosa Luxemburgo. Más tarde, su inclinación parlamentarista, y las críticas, que dirigiera a la Revolución bolchevique, le valdrían el calificativo de "renegado" de parte de Lenin.

Lo cierto es que en la "controversia revisionista", al cambio de siglo, en el seno de la social-democracia alemana, el "renegado" Kautsky, defensor de la ortodoxia marxista, derrotó al "revisionista" Bernstein, en un congreso partidario convocado para tal efecto, en 1903. Un año después, la Internacional Socialista ratificó dicha condena, confirmando una postura en favor de la lucha de clases y la revolución.

En el centro de la controversia aparecía un dilema que ha sido común a diversos partidos socialistas en occidente. Es el dilema que Peter Gay plantea en términos de "principios y poder". El punto, para el autor, es que "un movimiento socialista que se mantiene fiel a sus principios, puede nunca llegar a acceder al poder" (6). Es también el dilema que Peter Nettl plantea en términos de "aislamiento y participación", típico de la social-democracia europea en sus primeras décadas de desarrollo. El punto a dilucidar, para este autor, es si los socialistas deben atenerse rigidamente a ciertos principios, aun a costa de su aislamiento, o si deben participar más activamente en el sistema, aun a costa de revisar ciertos principios (7). Principios o poder, aislamiento o participación, eran algunos de los dilemas planteados en la "controversia revisionista", con el triunfo de Kautsky sobre Bernstein.

Paradójicamente, el triunfo de la ortodoxia marxista condujo al partido, especialmente en el período entre las dos guerras, a un progresivo ensimismamiento —lo que no significó necesariamente un deterioro electoral—, llevándolo a una creciente osificación. El surgimiento de este fenómeno de burocratización, con el consiguiente surgimiento, al interior del partido, de ciertas tendencias oligárquicas, ha sido cuidadosamente analizado en el clásico trabajo de Robert Michels (8). Los intentos surgidos desde la izquierda del partido por revertir dicha tendencia con una postura en favor de la "acción directa de masas", no sólo fracasaron, sino que encontraron un trágico desenlace, con el asesinato de sus dos

(6) GAY (1952), p. IX.

(7) Ver NETTL (1965).

(8) MICHELS (1962).

máximos exponentes, Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, en la revolución de 1918.

Aunque las tesis de Kautsky prosperasen en este período, el PSD continuó siendo lo que siempre había sido: un partido socialista, democrático, de reforma. Como señala Gay, "el Partido Social-Demócrata siguió comportándose como un partido revisionista, junto con condenar el revisionismo; continuó predicando la revolución, junto con practicar el reformismo" (9).

Pese a que el cambio de régimen operado en 1918, con la instalación de la República de Weimar, creó grandes expectativas, removidas que fueran las instituciones monárquicas e imperiales de la Alemania guillermina, sus precarios pilares de sustentación hicieron que no sólo los socialistas viesan postergados sus planes de reforma, sino que se hiciera insostenible el mantenimiento de la república, facilitado el asalto al poder del nazismo. En el lado positivo, puede decirse que, como ninguna otra fuerza, el PSD hizo lo posible por mantener, fortalecer y extender las instituciones republicanas, aun a costa de sacrificar sus legítimas aspiraciones programáticas. Como más tarde dijera Willy Brandt, sobre dicho período, "la República de Weimar fue algo comparada con lo que la precedió y, sobre todo, con lo que vino después" (10).

Sólo en el período de la postguerra el PSD encontró un terreno fértil para su desarrollo, lo que lo llevó a abandonar una retórica revolucionaria que estaba absoleta, permitiéndole el acceso al poder entre 1966 y 1983. En dicho período las tesis de Bernstein terminaron por imponerse culminando en el famoso programa de Bad Godesberg, en 1959.

Bajo la presidencia de Kurt Schumacher, entre 1946 y 1952, el PSD se resistió a operar los cambios internos que terminarían por imponerse hacia fines de la década del cincuenta. Fue más bien la Democracia Cristiana (CDU) la que logró dirigir y capitalizar las grandes transformaciones de la postguerra bajo el liderazgo de Konrad Adenauer.

Schumacher, el último gran exponente del viejo estilo partidario, logró ponerse a la cabeza del partido, en el período inmediatamente posterior a 1945, en su calidad de héroe de la guerra. Creía firmemente que el socialismo era "el gran objetivo de la hora actual", como se señalara en el congreso partidario de Hannover (1946). Sostuvo que el marxismo no estaba obsoleto: "nosotros, como social-demócratas, no tenemos ninguna intención de condenar el marxismo y tirarlo por la borda... El marxismo, en sus dos formas más importantes —la concepción económica de la historia y la lucha de clases—, no está obsoleto" (11). Aclaró, sin embargo, que creía en un marxismo secularizado, no dogmático; un marxismo entendido como "método de análisis de la realidad". No le intere-

(9) GAY (1952), p. 266.

(10) BRANDT (1976), p. 207.

(11) CHILDS (1966), p. 37.

saba si alguien se hacía social-demócrata a partir del análisis marxista o del mismo "Sermón de la Montaña", según sus propias palabras.

Jamás escondió Schumacher su anticomunismo, sentimiento compartido en las distintas esferas de la sociedad alemana, luego de la partición de su territorio. Consideraba aquel que el comunismo era una forma "degenerada" del marxismo y que socialismo y comunismo eran "hermanos... como Caín y Abel" (12).

Cualquiera fuese el intento de secularizar el marxismo, junto con enfatizar su decidido anticomunismo, la realidad alemana de la postguerra se encaminó por otro lado. Fue la Democracia Cristiana la que mejor logró interpretar esa realidad, con un tremendo impacto electoral. A costa de la Social-Democracia.

¿Por qué el éxito de la Democracia Cristiana, en desmedro de la Social-Democracia? En primer lugar, porque bajo Schumacher, el PSD seguía apareciendo como un partido altamente ideológico, en circunstancias que la sociedad alemana asumía una actitud de rechazo a las visiones apocalípticas de transformaciones radicales. Ello, tanto por la experiencia muy traumática del nazismo y el comunismo —responsables por la derrota y la partición, respectivamente— como por las exigencias muy concretas, en el orden práctico, de la reconstrucción económica. Si a lo anterior sumamos la intensificación de las tensiones en plena época de Guerra Fría, y la utilización que de ella hiciera la Democracia Cristiana ("todo socialismo lleva, eventualmente, a Moscú" era la consigna), entenderemos por qué la CDU, y no el PSD, fue beneficiada por el clima de postguerra.

En segundo lugar, porque el así llamado "milagro alemán" no tuvo lugar en base a los postulados socialistas— a la sazón aún identificados con cierto estatismo—, sino en base a una economía social de mercado, con fuerte énfasis en la iniciativa privada. En el proceso, que contribuyó a suavizar más que a agudizar el conflicto de clases, los demócratacristianos supieron atraer a las clases medias, frente a una social-democracia que aún aparecía con la imagen de un partido de clase. De esta manera, el "anticomunismo y la prosperidad económica constituyeron los principales elementos del consenso construido por Adenauer" (13).

Finalmente, el parlamentarismo, que había sido el medio natural en que el PSD se había formado y desarrollado, fue modificado, en un reforzamiento de la autoridad del canciller. Esto último, junto a la personalidad fuerte y carismática de Adenauer —el "Canciller de Hierro"—, también fue explotado en su beneficio por la CDU.

Todas estas transformaciones, frente a una Social-Democracia aún identificada con una ideología y una clase, en pleno período de la Guerra Fría, beneficiaron a un partido menos ideológico, que apelaba al conjun-

(12) MCLNNE (1975), p. 192.

(13) Dyson (1975), p. 314.

to de la nación como la Democracia Cristiana. Esta apareció con mayor propiedad como un *Volkspartei*: un partido de todo el pueblo. La afluencia económica, acompañada de una atenuación del conflicto social e ideológico, benefició más que nada a un partido del tipo *catch-all*, como la CDU, siguiendo la clásica definición de Kircheimer (14). Un partido no clasista y no denominacional que supo apelar a la nación en su conjunto. Un partido que era en sí mismo una coalición, surgida de un compromiso entre capital y trabajo, entre católicos y protestantes.

Si el PSD quería crecer y alcanzar buen éxito tenía que reconocer esta realidad y estarse a las reglas del "mercado político", junto con apelar a una audiencia más amplia y secular su discurso político. Así lo entendió Karl Schiller, en 1957, recogiendo el sentimiento al interior del PSD: "la era de las grandes utopías se ha ido... La gente no quiere saber lo que va a obtener en el futuro distante. Desea mejoramientos concretos, hoy y mañana, sin riesgos provenientes de experimentos peligrosos" (15).

Así también lo entendió la Social-Democracia en su conjunto y fue ese el proceso que tuvo lugar entre la muerte de Schumacher, en 1952, y el programa de Bad Godesberg, en 1959.

Este último corresponde a una declaración de principios éticos, exento de formulaciones ideológicas explícitas. Al marxismo no se le menciona, y el programa adopta una actitud de rechazo a panaceas o "verdades finales". Define al PSD simplemente como "una comunidad de hombres que sostienen diversas creencias e ideas. Su acuerdo se basa en principios morales y en objetivos políticos que tienen en común" (16). Agrega que, en Europa, el socialismo democrático encuentra sus raíces en la ética cristiana, el humanismo y la filosofía clásica. Se identifica con valores, como la libertad, la justicia y la solidaridad, más que con ideologías.

En materia económica, sostiene la máxima de "competencia hasta donde sea posible, planificación hasta donde sea necesario" (17). Rechaza todo estatismo y reconoce el lugar de la propiedad privada. La meta es lograr "una creciente prosperidad y una justa participación de todos en el producto de la economía, una vida en libertad, sin una dependencia y sin explotación" (18).

Convertido en un partido de tipo *catch-all*, que supo apelar a los diversos grupos sociales y a la nación en su conjunto, el PSD experimentó un sostenido crecimiento electoral. Ello le permitió, finalmente, acceder al poder, primero en alianza con la CDU, en torno a la "Gran Coalición" (1966-1969), y luego en alianza con los liberales (1969-1983), bajo las administraciones de Brandt y Schmidt.

(14) Ver KIRCHEIMER (1966).

(15) CHILDS (1966), p. 42.

(16) CHALMERS (1962), p. 67.

(17) SCHALLENGER (1966), p. 255.

(18) *Ibid.*, p. 254.

Junto a las transformaciones habidas en el período de la postguerra a que hemos hecho referencia, y que condujeron, primero a la CDU, y luego al PSD, en la dirección de un *Volkspartei*, debemos mencionar un elemento adicional a fin de comprender por qué fue posible un programa como el de Bad Godesberg, en un partido como el PSD: nos referimos a la ausencia de un competidor al interior de la izquierda alemana.

A diferencia del Partido Socialista francés, según veremos en la próxima sección, el PSD no ha tenido, en el período de la postguerra, un competidor en la izquierda. Ello hace que nunca haya estado en juego su credibilidad como partido de izquierda. No ha tenido que exhibir credenciales de su calidad de tal ante ningún otro partido. De alguna manera, el PSD ha sido "el" partido de la izquierda alemana.

Junto a esta falta de competencia, su credibilidad también ha estado avalada por sus fuertes raíces en la clase obrera, con la que prácticamente llega a confundirse desde el momento mismo de su formación como partido. Ambos factores facilitaron la adopción de un programa como el de Bad Godesberg: la credibilidad del PSD como partido de la izquierda alemana no ha estado en juego.

Pese a haber sido derrotado a principios de siglo, Bernstein terminó por imponerse en el período de la postguerra: el PSD se reconoció a sí mismo como un "partido socialista, democrático, de reforma", en el que "el movimiento lo es todo y el objetivo final del socialismo, nada". El PSD renunció a una retórica (revolucionaria) y a unos postulados (marxistas) que nunca habían correspondido a la realidad del partido.

Sin ser exhaustivos, podemos señalar cuatro tipos de factores que explican esta transformación al interior de la social-democracia alemana: (1) los supuestos del marxismo no correspondieron a la realidad del desarrollo capitalista alemán. Este último alcanzó un gran dinamismo, especialmente en el período de la postguerra, en base a un esquema de economía social de mercado, acompañado de cada vez menos, y no más, antagonismos sociales. Entre otras cosas, dicha realidad significó, para el PSD, enfatizar su carácter reformista, priorizando la actividad sindical y parlamentaria; (2) el impacto del totalitarismo (nazismo) y la participación de Alemania (comunismo) condujeron, en la sociedad alemana de la postguerra, a una actitud de rechazo hacia las formulaciones ideológicas cerradas, en favor de un mayor pragmatismo. Esto, que benefició en un comienzo a la CDU, obligó al PSD a una mayor secularización, en la dirección anotada; (3) las transformaciones habidas en el sistema político, y el éxito alcanzado por la CDU, obligaron al PSD a operar en su interior los cambios que lo condujeron a un tipo de partido similar al anterior: un partido de tipo *catch-all*, y (4) ausencia de un competidor en la izquierda, y las sólidas raíces en la clase obrera, permitieron al PSD levantar un programa como el de Bad Godesberg. Su credibilidad como partido de la izquierda alemana no ha estado en juego.

EL PARTIDO SOCIALISTA FRANCÉS.

En el caso del Partido Socialista Francés (PSF), más que el temprano éxito del capitalismo, el que sólo vino a consolidarse en el período de la postguerra, fue la influencia de la tradición republicana, la que se remonta a la misma revolución de 1789, y la necesidad de defender sus instituciones frente a diversas amenazas, lo que condujo a dicho partido a avanzar desde un marxismo ortodoxo, de signo revolucionario, al cambio de siglo, hacia un socialismo democrático y reformista, el que tomó forma progresivamente desde Jean Jaurès hasta François Mitterrand.

A lo largo de dicha evolución, la democracia, lejos de ser considerada como una "concesión" de la burguesía, es vista como el fruto de una prolongada lucha popular por la extensión de los derechos y libertades fundamentales. Con el tiempo, la fuerza del ideario republicano, en torno al cual Jaurès definiera el ideario socialista, ha desplazado a un marxismo basado en la revolución y la lucha de clases.

Queremos argumentar que, en su práctica más que centenaria, el PSF, más allá de toda retórica, se ubica de lleno en la corriente social-demócrata europea. La radicalidad de su discurso, que reivindica el marxismo, junto con postular la "ruptura" con el capitalismo, se explica tanto por la tradición francesa, la que da cuenta de un importante componente ideológico, como por la existencia de una izquierda ocupada por dos fuerzas que compiten entre sí: socialista y comunistas.

Es, pues, la dinámica del "mercado político" (competencia partidista y electoral), más que la "crisis" del capitalismo o la "agudización" de la lucha de clases, lo que lleva al PSF a un discurso más radical que el de sus congéneres social-demócratas europeos.

Junto con ello, aludimos a la ausencia de sólidas raíces en la clase obrera. Ambas circunstancias hacen que la credibilidad del PSF como partido de la izquierda francesa sea cuestionada desde diversos ángulos, y en diversas ocasiones, lo que obliga a dicho partido a afirmar su identidad recurriendo a una retórica radical, pese a que en su práctica no se diferencia mayormente la de de otras experiencias social-demócratas europeas.

Bajo la Tercera (1870-1940) y Cuarta (1944-1958) Repúblicas la conducta del PSF puede caracterizarse como una de defensa de las instituciones republicanas, contra distintas fuerzas a las que se sindicó como una amenaza para dichas instituciones: la Iglesia, el ejército, y los monarquistas, a fines del siglo pasado (a propósito del "Caso Dreyfus"), el fascismo y el nazismo en los años treinta (que llevó a León Blum a encabezar la efímera experiencia del "Frente Popular") y, finalmente, el comunismo y el gaullismo, en el contexto de la Guerra Fría y del parlamentarismo de la Cuarta República.

Bajo la Quinta República, y luego de una sostenida baja electoral, en el marco del presidencialismo inaugurado por De Gaulle, el PSF ex-

perimenta una profunda renovación interna, la que culmina con el ascenso de Mitterrand al poder, y un categórico triunfo parlamentario, en 1981.

Para comprender la influencia decisiva que el ideario republicano ha tenido en el socialismo francés hay que remontarse al cambio de siglo.

Al igual que en la vecina Alemania, con la "controversia revisionista", los distintos grupos socialistas, a fines del siglo pasado, en Francia, vivieron una acalorada disputa, en torno a lo que se conoció como el caso del "Ministerialismo": la discusión, en 1899, al interior del movimiento socialista —todavía no era un partido— acerca de si un dirigente socialista (Alexandre Millerrand) debía o no ingresar, en calidad de Ministro, a un gobierno de tipo "burgués", al interior de unas instituciones republicanas.

El antecedente directo de dicho episodio fue el "Caso Dreyfus". Este último surgió a raíz de la petición, en 1897, por parte de distintas fuerzas republicanas, de que se dejara sin efecto una sentencia, dictada en 1894, que había condenado a un oficial judío (Dreyfus por un supuesto delito de traición que jamás había existido. Este simple caso judicial dio lugar a una de las controversias más célebres de la historia contemporánea de Francia, desde que, a poco andar, fueron la Iglesia, el ejército y los monarquistas los que, por diversas razones, tomaron partido contra Dreyfus. Como respuesta, diversas fuerzas republicanas y anticlericales tomaron partido junto a Dreyfus, señalando que lo que estaba verdaderamente en juego era la supervivencia de las instituciones republicanas, a las que había que defender contra la asonada reaccionaria.

En el campo socialista, fue Jean Jaurès el que advirtió la gravedad del asunto, sosteniendo que el "Caso Dreyfus" representaba una protesta contra el orden social imperante, y que los socialistas debían comprometer su participación en la defensa de la república, el producto de más de un siglo de luchas populares.

No fue ésta, sin embargo, la opinión de Jules Guesde, representante de un marxismo ortodoxo, el que consideró que dicho caso no era más que una disputa entre representantes de la burguesía, cuyos intereses eran servidos indistintamente por las instituciones republicanas o monárquicas. Ambas eran, en definitiva, expresiones del predominio burgués.

Pero el verdadero enfrentamiento entre Jaurès y Guesde tuvo lugar a propósito de la petición hecha en 1899, por el Primer Ministro de la época, René Waldeck-Rousseau, un republicano conservador, dirigida al jefe del grupo parlamentario socialista, Alexandre Millerrand, de que se integrara al gabinete de "defensa republicana" formado por aquél. Dicho gabinete había surgido como una respuesta ante la acción de diversos grupos reaccionarios que se habían rebelado contra la anulación de la sentencia dictada en su oportunidad contra Dreyfus. Millerrand, considerando que la república estaba en peligro, aceptó integrar dicho gabinete. Era la primera vez, en la historia del socialismo, que uno de sus exponentes pasaba a integrar un gabinete, al interior de una República.

Esto provocó una reacción inmediata de parte de los socialistas más radicales, representados por Guesde, los que llamaron a una "oposición intransigente", junto con formar un nuevo grupo parlamentario, por considerar como aberrante la participación de un socialista en un gobierno republicano. El Estado francés, sostuvo Guesde, era un Estado de clase, en manos del enemigo de clase, aun cuando revistiera una forma republicana. No había, en verdad, sostuvo aquél, gran diferencia entre una monarquía y una república, en la medida en que ambas fuesen instrumentos en manos de la burguesía. La verdadera oposición era aquella entre socialismo y capitalismo. No era posible, pues, concebir una participación socialista en un gobierno de signo burgués. La lucha de clases lo impedía.

Jaurès, por su parte, apoyó la decisión de Millerrand, sosteniendo que el socialismo debía surgir desde dentro, y no desde fuera, de las instituciones republicanas. Estas últimas eran el producto de una lucha popular más que centenaria y no debían, pues, ser consideradas simplemente como un "instrumento" en manos de la burguesía.

El caso fue finalmente llevado a la Internacional Socialista, la que, en su congreso de Amsterdam, en 1904, junto con condenar el "revisionismo" de Bernstein, en Alemania, condenó el "Ministerialismo" de Millerrand y Jaurès en Francia. En dicho congreso, Bebel, el representante socialista alemán, en defensa de la ortodoxia, sostuvo que tanto "la Monarquía como la República son Estados de clase: ambas son una forma de Estado destinada a mantener el predominio de clase de la burguesía; ambas están destinadas a proteger el orden capitalista" (19). Acusó a los socialistas franceses liderados por Jaurès, de comportarse como "republicanos en guerra contra los monarquistas", más que "como representantes del proletariado contra la burguesía" (20). Jaurès, por su parte, replicó que el "Caso Dreyfus" y el "Caso Millerrand" habían contribuido a salvar a la república de la amenaza reaccionaria, y prestado un gran servicio al pueblo, porque "la República —la forma lógica y suprema de la democracia— es la condición necesaria del progreso social y económico" (21).

Al centro de la controversia estaba, pues, el problema de la relación entre socialismo y democracia. Para Jaurès, la democracia política era el punto de partida de toda auténtica concepción socialista. Sin desconocer el conflicto de clases al interior de un sistema capitalista, y reafirmando su oposición a este último. Jaurès se opuso a la idea de que la democracia fuese simplemente la forma política que asumía el predominio burgués, al interior de un orden capitalista. La democracia era "para el proletariado, una gran conquista" (22), sostuvo Jaurès, y eso

(19) JOLL (1974), p. 105.

(20) NOLAND (1956), p. 169.

(22) LEVY (1947), p. 132.

era, en esencia, la revolución, porque "la revolución no es una ruptura, es una conquista" (23).

Tal vez fuera el método concebido por Jaurès para avanzar la causa del proletariado, tanto en defensa de las instituciones republicanas como en oposición al capitalismo, lo más perdurable de su contribución teórica y política.

El punto de partida de su reflexión estuvo constituido por la constatación del fracaso del método revolucionario concebido tanto por Marx como por Blanqui (todo esto es previo a la Revolución bolchevique. En efecto, señala el teórico francés, había sido el estallido revolucionario de 1830, 1848 y 1870 "lo que primero capturó la imaginación de Marx" (24). Lo cierto era que ese tipo de revolución no había prosperado en Europa.

Muy por el contrario, el proletariado había avanzado su causa a través de un método muy distinto, basado en instituciones republicanas como el sufragio universal, la educación laica y la acción sindical. De esta manera, el socialismo no se había desarrollado en Europa a partir de las condiciones económicas creadas por el capitalismo, sino de las condiciones políticas creadas por las instituciones republicanas y democráticas.

Así, pues, el proletariado no alcanzaría el poder a través de un "ataque sorpresivo", sino "mediante la organización metódica y legal de sus propias fuerzas bajo la ley de la democracia y el sufragio universal" (25). Lejos de ser el resultado de la acción de una "minoría iluminada", como lo había previsto Blanqui, el socialismo sería la obra de "la inmensa mayoría de los ciudadanos" (26).

En consecuencia, la adhesión de Jaurès al republicanismo no debe interpretarse como una adhesión explícita o implícita al capitalismo, sino como la necesidad de que la transformación de la propiedad privada en propiedad social tuviera lugar a través de métodos legales, al interior de instituciones democráticas y a través de un proceso gradual. Por sobre cualquier otra consideración, lo que Jaurès quería enfatizar era que la República no era simplemente la forma política de una economía de tipo capitalista, o un instrumento en manos de la burguesía, sino una conquista popular. Ello, sin perjuicio de la necesidad de extenderla a todos los ámbitos de la vida política, social y económica.

Tal vez fuera éste el gran legado de Jaurès, el que sería tomado más adelante por Blum y Mitterrand, ambos reconocidos admiradores del teórico francés. Aquél, también bajo la Tercera República, insistió en la necesidad de defender las instituciones republicanas —terreno fértil en el que debía desarrollarse el movimiento socialista— frente al enemigo de los años treinta: el fascismo y el nazismo. Ello lo condujo a formar y

(23) *Ibid.*, p. 122.

(24) JAURES (1908), p. 48.

(25) *Ibid.*, p. 80.

(26) NOLAND (1956), p. 38.

encabezar la alianza del "Frente Popular", junto a radicales y comunistas, para formar una "línea de defensa" del proletariado, frente a la amenaza fascista. Pero más que enfatizar el carácter defensivo de esta alianza, Blum, siguiendo a Jaurès, advertía la estrecha vinculación entre socialismo y democracia: "el socialismo necesita de la democracia en la misma forma en que la democracia necesita del socialismo" (27).

Contrariamente, sin embargo, a lo acontecido con el "Caso Dreyfus", esta vez las fuerzas republicanas fueron derrotadas, culminando todo aquello en la instalación del Gobierno de Vichy, bajo el liderazgo del mariscal Pétain (1940-1944). Detrás de este episodio, en la vida de la Tercera República, estaba la propia fragilidad de sus instituciones, lo que más tarde conduciría también a la caída de las instituciones de la Cuarta República (1944-1958).

En el caso de esta última, el PSF estuvo dentro y fuera del gobierno, participando en 21 de los 27 gabinetes formados durante dicho período, con una considerable pérdida de su prestigio y credibilidad, tanto por el oportunismo desenfrenado de Guy Mollet, máximo dirigente del partido en esos años, como por la contradicción flagrante entre una retórica revolucionaria y una práctica acomodaticia y reformista.

Expresión de todo ello fue la empresa colonialista de Argelia (1957), que terminó por derribar al gobierno de Mollet (1956-1957) y a las propias instituciones de la Cuarta República, facilitando el ascenso al poder del General de Gaulle.

Durante dicho período la amenaza representada por el Partido Comunista francés (PCF), en plena época de la Guerra Fría, y por el gaullismo, en el contexto de unas instituciones parlamentarias, como las de la Cuarta República, llevaron nuevamente al PSF a una línea de *défense republicaine*. Así como al cambio de siglo las fuerzas clericales, militaristas, y monárquicas habían sido sindicadas por los socialistas franceses como la principal amenaza para la república y, luego, en los años treinta, lo mismo había sucedido con el nazismo y el fascismo, en esta oportunidad el PSF vio en el comunismo y el gaullismo un peligro para la república.

Pese a su retórica marxista, el propio Mollet denunció al PCF como "un partido del Este y no de la izquierda" (28). También tuvo palabras duras para acusar a los gaullistas, denunciando la oposición de estos últimos a las instituciones republicanas (a decir verdad, la oposición gaullista iba dirigida a las instituciones parlamentarias más que a la república misma).

Sin embargo, la política de defensa republicana, seguida por el PSF, bajo la Tercera y Cuarta República, demandaba sacrificios programáticos que erosionaban su credibilidad como partido de la izquierda francesa. Tal como Blum había tenido que decretar una "pausa" en sus pla-

(27) ZIEBURA (1967), p. 97.

(28) CRIDDLE (1982), p. 26.

nes de reforma, a fin de contener el avance del fascismo y del nazismo, así también Mollet, en alianza con radicales y demócrata-cristianos, tuvo que postergar buena parte de los contenidos programáticos del partido, a fin de contener la amenaza representada por el comunismo y el gaullismo. La crisis de Argelia fue la expresión más cabal de esta política contradictoria, sumiendo al PSF en una crisis de identidad.

En el período comprendido entre 1944 y 1958 el PSF había perdido la oportunidad de renovarse. Sumido en un descrédito casi total (que llevó a un grupo a escindirse del partido en 1958, para formar uno nuevo, el "Partido Socialista Unificado" de Alain Savary), el PSF permanecería durante 21 años en la oposición, en pleno apogeo del gaullismo, esperando una nueva oportunidad.

Los dramáticos cambios introducidos por De Gaulle, bajo la Quinta República, desde 1958 en adelante, crearon, para el conjunto de la izquierda, una situación casi imposible, la que sólo tomó vías de resolución en el caso del PSF hacia comienzos de la década del setenta. Más precisamente, desde 1971 dicho partido adquirió un nuevo perfil, llevando a cabo una profunda transformación interna, todo lo cual culminó en la elección de Mitterrand a la presidencia de la República, en 1981.

La gran contribución de las nuevas instituciones de la Quinta República, creadas por De Gaulle, fue la de haber restaurado la legitimidad y eficacia de las instituciones políticas francesas, tan seriamente deterioradas en las postrimerías de la Tercera y Cuarta República. Para los socialistas, ello significó tener que acomodarse a un nuevo entorno institucional: (1) un fuerte presidencialismo sustituyó el débil parlamentarismo anterior, bajo el cual el PSF se había formado y desarrollado; (2) un sistema multipartidista, de tendencia bipolar, sustituyó a un multipartidismo fragmentario, y (3) un sistema mayoritario sustituyó al anterior sistema de representación proporcional, introduciendo además la segunda vuelta electoral.

Estas nuevas instituciones obligaron a los partidos de la izquierda a vivir juntos: la tendencia bipolar, empujada por un sistema electoral mayoritario y la segunda vuelta electoral obligaron a la izquierda a levantar una alternativa a la "Coalición Gaullista" (constituida por los gaullistas y los seguidores del líder liberal, Valéry Giscard d'Estaing), lo que se tradujo en la "Unidad socialista-comunista". La única forma de acceder al poder, al interior de un sistema como aquel, era unir a la izquierda y transformar a la mayoría social en una mayoría política.

Esa fue la gran genialidad de Mitterrand. Pese a que el líder francés había acusado a las nuevas instituciones gaullistas de ser un "Golpe de Estado Permanente" (1965), entendió que, en base a una alianza socialista-comunista, era posible acceder al poder, siempre que aquélla llegara a ser mayoritaria. Fue así como Mitterrand logró imponerse como líder de la izquierda.

Pero la genialidad de Mitterrand —más que un ideólogo, un estratega— estuvo no sólo en haber comprendido la dinámica interna de las

nuevas instituciones de la Quinta República sino en haber planteado algo que, hacia fines de la década del sesenta, parecía imposible: que el PSF apareciera como el socio mayoritario en esa alianza de izquierda, desplazando al PCF.

Las elecciones presidenciales de 1969 mostraban lo aparentemente absurdo de un desafío como éste: mientras que Duolos, el candidato comunista, obtenía el 22% de los votos —pese al muy cuestionado apoyo del PCF a la invasión soviética de Checoslovaquia un año antes—, Gaston Deferre, el candidato socialista, obtenía un escaso 5% de la votación, en el peor desempeño electoral del PSF en muchas décadas. Los comunistas aventajaban, así, a los socialistas, por un margen de cuatro a uno, y era éste el margen que Mitterrand se proponía revertir.

El desafío de Mitterrand era, pues, de doble carácter: construir una mayoría de la izquierda en base a la alianza socialista-comunista y, casi tan importante como lo anterior, desplazar al PCF de su posición predominante al interior de la izquierda. Esto hacía necesaria una gran renovación interna en el PSF, tanto a nivel ideológico, a fin de asegurar su credibilidad como partido de la izquierda francesa y facilitar así una alianza con el PCF, como en el nivel de los estilos y las imágenes, a fin de distinguirse del antiguo Partido Socialista, a la sazón débil y desacreditado.

En 1969, Mollet fue desplazado del liderazgo partidario y, en 1971, Mitterrand asumió como máximo líder socialista. Junto con cambiar el nombre del partido —sustituyendo el legendario "Sección Francesa de la Internacional Obrera" (SFIO) por el de "Partido Socialista" (PS)— la renovación ideológica y programática se dio, a través de la década del setenta, en torno a dos conceptos básicos: la "autogestión", en el campo de las definiciones ideológicas, y un programa concreto de "nacionalizaciones". Todo ello, junto a una retórica más radical, que reivindicaba el análisis marxista y afirmaba el carácter "revolucionario" del socialismo francés, junto con enfatizar la necesidad de una "ruptura" con el capitalismo. Chevènement, líder del ala más radical del partido, describía muy elocuentemente este sentir interno, como la necesidad de distanciarse de "esa vieja p... de la social-democracia" (29).

Mitterrand descartó, sin embargo, una concepción dogmática del marxismo, postulando un "socialismo de lo posible". La radicalidad de su discurso estaba más que nada dirigida a asegurar la credibilidad del PSF como partido de izquierda, a fin de facilitar la alianza con los comunistas. Dicha alianza logró hacerse realidad mediante la suscripción, en junio de 1972, por parte de ambas colectividades, de un "Programa Común", el que fue acompañado, en los años siguientes, de un gran crecimiento electoral de la izquierda en su conjunto y sobre todo del PSF.

Junto a un discurso más "radical" de los socialistas —expresado en la idea de autogestión y en un programa concreto de nacionalizaciones—,

(29) LIEBER (1977), p. 467.

una mayor "liberalización" de los comunistas, en pleno período del "eurocomunismo", facilitó dicha alianza. Los comunistas, a través de una alianza con los socialistas, deseaban abandonar el relativo aislamiento en que se habían sumido en el período de la postguerra, bajo el clima de la Guerra Fría. Llamaron, pues, a construir un socialismo "con los colores de Francia".

Pero la razón de fondo para dicha alianza era que, en el cálculo de los comunistas, estaba la idea de mantenerse como fuerza mayoritaria de la izquierda. Su modelo, en este sentido, era el Partido Comunista Italiano (PCI), el que había mantenido un claro predominio al interior de la izquierda de dicho país. Prueba irrefutable de lo anterior es que apenas el PSF comenzó a aventajar al PCF, en términos electorales, hacia mediados de los años setenta, este último abandonó la alianza, poniendo fin al Programa Común, en 1977.

Pero el retiro de los comunistas de dicha alianza no fue visto por los socialistas como un obstáculo insalvable. Al menos ésta era la percepción del propio Mitterrand, el que había declarado que "de cinco millones de personas que votan por los comunistas, tres millones pueden ser ganados para los socialistas" (30). Tanto fue así que, sin alianza formal con los comunistas, pero contando con buena parte de los votos comunistas, Mitterrand fue elegido Presidente de la República, en 1981, junto a un extraordinario triunfo parlamentario. Era la primera vez en la historia de Francia que un socialista llegaba al poder a través del sufragio universal directo. Por su parte, el PCF experimentó la más baja votación de la postguerra.

Tras una década de trabajo, en torno a una estrategia muy definida, que logró encarnarse en la persona de Mitterrand, este último logró su doble finalidad: hacer de la izquierda francesa una fuerza mayoritaria —lo que fue posible aun sin contar con una alianza formal entre socialistas y comunistas— y hacer de los socialistas la fuerza mayoritaria al interior de la izquierda, desplazando a los comunistas de su posición de predominio.

No hay duda que es un tanto prematuro intentar una evaluación de la gestión de Mitterrand en el poder, pero una cosa es evidente: pese a los intentos de los socialistas franceses de distanciarse de esa "vieja p... de la social democracia", siguiendo la terminología de Chevènement, el gobierno de Mitterrand, y el socialismo francés en general, se ubican de lleno en la corriente social-demócrata europea.

Ya nada tenía que ver el PSF con la vieja Declaración de Principios que primero lo viera nacer, y en torno a la cual había tenido lugar la primera gran unificación de las diversas tendencias socialistas, en 1905. Según ella, el PSF "no es un partido de reforma sino, en sus objetivos, sus ideales, y por los medios que emplea, es un partido de la lucha de clases y la revolución... y de oposición fundamental e irreductible a la

(30) BROWN (1982), p. 154.

clase burguesa y el Estado, que es su instrumento" (31). Pese a que en ese entonces dicha declaración marcó el triunfo de Guesde sobre Jaurès, estos últimos terminarían por imponerse, en Alemania y Francia, respectivamente.

¿Por qué, sin embargo, el intento de los socialistas franceses de distanciarse de la vertiente social-demócrata europea a través de un discurso más radical? En primer lugar, está la más que centenaria tradición socialista francesa, que se remonta en muchos aspectos hasta la misma revolución de 1789, y que presenta un importante componente ideológico. Pero más que nada al carecer de sólidas raíces en la clase obrera y tener que enfrentar, al interior de la izquierda, la presencia competitiva de un partido de envergadura, como el PCF, el PSF ha tenido que demostrar su credibilidad como partido de la izquierda recurriendo a un discurso más radical que el de sus congéneres socialistas europeos.

Es por ello, a modo de ejemplo, y procurando hacer un paralelo, que el PSF no ha podido tener un programa como el de Bad Godesberg: las fuertes raíces de la social-democracia alemana en la clase obrera, y la ausencia de un competidor en la izquierda, le permitieron a aquélla elaborar un programa como ése y explicitar, sin complejos en su discurso, lo que siempre fue su práctica. Su credibilidad como partido de la izquierda alemana no ha estado en juego. El PSF no ha podido —ni podrá seguramente— darse el lujo de un programa como el de Bad Godesberg. Su credibilidad como partido de la izquierda francesa se veía erosionada.

El celo con el que el PSF ha procurado defender su carácter socialista, como distinto de la vertiente social-demócrata, con referencias esporádicas al marxismo, y un discurso sobre la "ruptura" con el capitalismo, no emana, pues, de la "crisis" del capitalismo, ni de la "agudización" de la lucha de clases, sino de las exigencias del sistema político: es la dinámica de la competencia electoral y partidaria, en el marco de una izquierda ocupada por dos fuerzas políticas significativas, lo que lo ha llevado a mantener una radicalidad en un discurso que procura enfatizar las diferencias con la vertiente social-demócrata. En los hechos, el PSF se ubica en la misma corriente de la social-democracia europea, junto a sus congéneres del viejo continente.

EL PARTIDO COMUNISTA ITALIANO.

El creciente interés por el estudio del Partido Comunista Italiano (PCI) emana, entre otros factores, del hecho de que, a diferencia de otras experiencias socialistas europeas, su paulatina, pero sostenida, aproximación a lo que comúnmente se conoce como "socialismo democrático" tiene lugar desde el interior de la vertiente y tradición comunistas. Pese a numerosas tensiones y contradicciones, el PCI ha logrado, especial-

(31) CODDING y SAFRAN (1979), p. 38 y 41.

mente en el período de la postguerra, pero muy en especial a partir del liderazgo de Enrico Berlinguer, en pleno período del "eurocomunismo", definir la relación entre socialismo y democracia en término de un compromiso formal con la democracia política, avalado por una práctica consistente con dicho compromiso.

Después de una valoración puramente táctica y defensiva de la democracia, en el período que va entre las guerras —la que alcanzara su máxima expresión en la tesis del "Frente Popular" (1935)— Togliatti logró, en los años de la postguerra, pasar desde una dimensión táctica a una valoración estratégica de la democracia, en torno a la "Vía Italiana al Socialismo". Finalmente, de lo táctico y lo estratégico se pasó a un diseño teórico más consistente bajo Berlinguer y el "eurocomunismo", con una significativa valorización de la democracia política, como inseparable del propio proyecto socialista. Interesa, en las líneas que siguen, revisar brevemente las transformaciones que ha experimentado el PCI, en la dirección anotada, y los factores que han contribuido a ello.

En el período que va entre las guerras, y en plena época del fascismo, luego de su formación en Livorno, en 1921, el PCI responde a las características de una secta más que de un partido de masas. Ese fue el sello que imprimiera en el partido su primer líder, Amadeo Bordiga (1921-1923), a propósito de quien Lenin escribiera su famoso libro "*El Comunismo Izquierdista —un desorden infantil*" (1920). Los intentos de Gramsci, bajo su efímero liderazgo partidario (1924-1926), de revertir dicha tendencia, no dieron los resultados esperados, esfuerzos que se vieron truncados por un prolongado período de cárcel (1926-1936).

El aislamiento del partido se hizo patético en los primeros años de la dirección encabezada por Palmiro Togliatti (secretario general del PCI entre 1926 y 1964), al seguir fielmente las directrices de Stalin, bajo el llamado "Tercer Período" (1928), en torno a las tácticas de la "Guerra de clase contra clase", las que rechazaron todo "reformismo" y calificaron a la social-democracia como "social-fascismo". Sólo a propósito del giro experimentado por la Internacional Socialista, en 1935, en torno al "Frente Popular", el PCI encontró un terreno más fértil para su desarrollo, culminando en el heroico período de la resistencia.

A través de estos primeros años el PCI define en términos inequívocos su oposición a la democracia "burguesa". Ya en 1918, desde el interior de la "Fracción Intransigente" del "Partido Socialista Italiano" (PSI —antecedente directo del PCI—, liderada por Bordiga e integrada, entre otros, por Gramsci, este último había llamado a una posición de "decidida intransigencia" al Estado burgués, el que era visto como "la organización económica y política de la clase burguesa", oculta tras "una fachada de instituciones democráticas" (32).

Esta visión es desarrollada aún más a través de los años veinte, ya en medio de la arremetida fascista. Es así como un artículo en *L'Ordine*

(32) GRAMSCI (1977), p. 38.

Nuovo, en noviembre de 1924, señalaba que "fascismo y democracia son dos aspectos de una misma realidad", la realidad del predominio burgués (33). Existe una estricta "división del trabajo" entre fascismo y democracia, señala dicho artículo. Ambos son vistos como los dos lados de una misma moneda; dos aspectos de una misma realidad.

En este primer período, pues, el socialismo es visto como la antítesis del Estado democrático burgués, el que habría de ser destruido y superado. El dilema no era visto en términos de "democracia/fascismo", sino en términos de "fascismo/revolución proletaria", según el mismo artículo anterior.

En el período que analizamos, lo más cercano que el PCI llegó a la democracia fue en términos de consideraciones puramente tácticas, y en forma defensiva. El primer intento fue el del "Frente Unido", al que llamara la Tercera Internacional, en 1921, el que fuera rechazado por Bordiga y el PCI, los que venían recién de romper con el PSI. Dicha táctica del Comintern tenía por objeto consolidar la Revolución de Octubre y formar alianzas más allá de los propios partidos comunistas en toda Europa, a fin de precaver una asonada reaccionaria.

El segundo intento, de mayor envergadura y alcance, fue el llamado, también de la Tercera Internacional, en 1935, a constituir los llamados "Frentes Populares": un intento por constituir alianzas antifascistas, en torno a las instituciones democráticas, a fin de contener el avance fascista. Sólo entonces el PCI y la Tercera Internacional entendieron que el verdadero dilema era aquel entre fascismo y democracia y no entre fascismo y revolución proletaria. Ello marcaría significativamente al PCI, el que —no obstante— no lograría sino hasta después de la guerra convertirse en un partido de masas. Hasta 1943 el PCI no fue más que un pequeño núcleo de militantes, trabajando clandestinamente. En ese año el partido sólo contaba con 6.000 militantes.

Tal vez lo rescatable de este primer período sea el aporte teórico de Antonio Gramsci, el que habría de tener efectos perdurables no sólo en el caso del PCI, sino en el marxismo "occidental" en general. Sin ser un teórico del pluralismo, y menos de la democracia representativa, Gramsci influyó en el ulterior desarrollo del PCI —marcado por una sostenida aproximación a la democracia política— de una manera indirecta: sus reflexiones sobre la naturaleza del poder en occidente, y su descarte de una revolución tipo bolchevique en esta parte del mundo, así lo indican.

El punto de partida de la reflexión de Gramsci está constituido por su evaluación en torno a la derrota de los *Consiglia di fabbrica*, que aquél impulsara en los años del llamado *Biennio Rosso* (1919-1920), bajo el influjo de la Revolución bolchevique. Dicho fracaso, advertiría Gramsci, había sido el reflejo de un fenómeno más global: el fracaso, en occidente, del tipo de revolución llevado a cabo exitosamente en Rusia, en 1917. Ese tipo de estrategia, basada en la "Guerra de Maniobras", al estilo del

(33) GRAMSCI (1978), p. 267.

"Asalto al Palacio de Invierno", no había tenido éxito en occidente (ahí estaban los fallidos intentos de 1830, 1848 y 1870), ni lo tendría: la fallida ola revolucionaria que siguió a la Revolución bolchevique, en Europa (1918-1921), así parecía indicarlo.

La razón del éxito de los bolcheviques, y del fracaso de la misma estrategia en occidente, creyó encontrarla Gramsci en la distinta naturaleza del poder en Rusia y en occidente: mientras que en aquél el poder residía básicamente en el Estado, en este último el poder estaba radicado principalmente en la sociedad civil. En occidente, el predominio burgués no estaba constituido simplemente por la "dominación" que la burguesía ejerciera a través del Estado, sino por su "hegemonía" (liderazgo moral e intelectual) en la sociedad civil. Este elemento consensual de la dominación, al interior de las sociedades occidentales, hacía necesaria la conquista de la sociedad civil, lo que significaba que había que pasar de la "Guerra de Maniobras", o estrategia del "ataque frontal", a la "Guerra de Posiciones", orientada a la conquista de la sociedad civil, como cuestión previa a la conquista del Estado.

Esta era la diferencia entre Rusia y occidente. También era la diferencia entre Lenin y Gramsci. Como señala Pellicani, "mientras que Lenin teorizó la conquista de la sociedad a través de la conquista violenta del Estado, Gramsci propuso el procedimiento inverso: la conquista del Estado a través de la ocupación cultural de la sociedad" (34).

De allí el interés de Gramsci por los intelectuales, las ideas, la cultura y la educación, entre otras esferas de la "superestructura". En su opinión, la crítica, la difusión de la cultura y de las ideas, especialmente entre las masas, habían precedido los grandes procesos revolucionarios en occidente. Así, por ejemplo, nos señala Gramsci, la Revolución francesa estuvo precedida por el Iluminismo.

De esta manera, la revolución en occidente sería distinta que en Rusia, dada la muy disímil naturaleza del poder en ambos tipos de sociedades. Rechazó, pues, los conceptos de "Guerra de Maniobras" o "guerra permanente" —que Trotsky defendiera en su tiempo— y llamó, en cambio, a la conquista de la sociedad civil, a través de la ocupación cultural de la misma. A la hegemonía burguesa, había que contraponer una contrahegemonía proletaria.

Aunque Gramsci definitivamente no fuera un teórico del pluralismo, ni menos de la democracia representativa, sus reflexiones sobre la naturaleza del poder en occidente, y el tipo de estrategias que ello demandaba, habrían de tener importantes efectos en el socialismo de occidente, mucho más allá de los límites del PCI.

Sólo después de 20 años de fascismo (1924-1944) el PCI logró vencerse al menos de dos cosas: que el verdadero dilema era entre fascismo y democracia y que si el PCI aspiraba a ser alternativa al inte-

(34) PELLICANI (1981), p. 4.

rior de un régimen democrático de gobierno tenía que, junto con respetar las reglas del juego propias de la democracia, pasar a ser un partido de masas, radicalmente distinto del pequeño núcleo formado por Bordiga, en 1921: "no podemos ya más ser una pequeña y perfectamente cohesionada asociación de propagandistas de las ideas generales del comunismo y el marxismo" (35), sostuvo el propio Togliatti, en 1944.

Bajo el liderazgo de este último, la democracia comenzó a ser apreciada, no ya en un sentido puramente táctico, sino estratégico. El PCI pasaba a contituirse en un partido de otras características, al interior de un régimen democrático que ya no era visto en términos puramente instrumentales.

Así como a Gramsci puede considerársele como el teórico de la revolución en occidente, a Togliatti cabe llamarlo el gran estratega de la "Vía Italiana al Socialismo". El punto de partida para este nuevo diseño estratégico lo encontramos en la famosa *Svolta di Salerno*, en 1944, cuando Togliatti llama a postergar "la cuestión institucional" (monarquía versus república), y a constituir un gran partido de masas, de nuevo signo: un *partito nuovo*. Entre 1944 y 1947, socialistas, comunistas y demócratacristianos compartieron responsabilidades en el gobierno, bajo lo que se ha dado en llamar el primer "Compromiso Histórico".

A lo largo de esos años el PCI privilegió el "Interés Nacional" por sobre cualquier otra consideración, llamando a la conformación de una gran alianza entre fuerzas antifascistas y democráticas. También apeló a los católicos y a las clases medias, para ampliar la base del partido. Los resultados hablan por sí solos: de 6.000 militantes en 1943, el PCI pasó a tener 500.000 en 1944 1.700.000 en 1945, y 2.200.000 en 1947. No es de extrañar, pues, que el PCI siempre se refiera a esos años como el "período de oro" en la historia del partido.

Pese a que los inicios de la Guerra Fría pusieron término a dicha alianza, el gran legado de dicho período está constituido por una Constitución Republicana, de tipo progresista, que estableció un multipartidismo, en base a un sistema de representación proporcional, al interior de una forma de gobierno parlamentaria. Esa Constitución es, ante los ojos de los comunistas italianos, la gran conquista de la postguerra, la que debe ser preservada y profundizada. Ello significa propiciar "reformas estructurales" al interior de la "Constitución Republicana", con miras a la construcción del socialismo. He ahí los aspectos constitutivos de la Vía Italiana.

Esta última, al decir del propio Togliatti, no era una cuestión puramente "táctica" sino "la manera propia en que el problema de la revolución socialista es presentada en la realidad" (36). La Vía Italiana, señala Togliatti, estaba concebida para "todo un período de la historia". Tenía, pues, un alcance estratégico.

(35) TOGLIATTI (1979), p. 29.

(36) LANCE y VANNICELLI (1981), p. 38.

Junto a la traumática experiencia del fascismo, dicha opción estratégica fue facilitada por dos acontecimientos externos, lo que nos habla asimismo del tipo de lealtades internacionales de Togliatti: el VII Congreso de la Internacional, de 1935, que había llamado a la formación de los "Frentes Populares" —cuestión táctica que luego adquiriera al interior del PCI una verdadera dimensión estratégica, tal como lo hemos señalado— y, aún más importante, el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), en 1956. Este último reconoció la posibilidad de caminos "nacionales", e incluso "pacíficos", hacia el socialismo. A Togliatti le cupo una activa participación en ambos congresos.

La conducta del PCI en la oposición —una oposición "constructiva", al interior del sistema— a lo largo de la postguerra puede considerarse como la mejor demostración de la consistencia práctica de dicha opción estratégica.

El clima de Guerra Fría, en los primeros años posteriores a la guerra, no era, sin embargo, el ambiente más favorable para acceder al poder. La Vía Italiana se vio momentáneamente postergada. La "lógica de bloques" impedía que las "vías nacionales" pudiesen prosperar. También a consecuencia de dicho clima internacional, el PCI cerró filas con la URSS, insistiendo, no obstante, en que la Vía Italiana se mantenía abierta y vigente.

La muerte de Stalin, en 1953, el referido congreso del PCUS, en 1956, y la "Coexistencia Pacífica", desde comienzos de los años sesenta, acompañada del nuevo fenómeno del "poli-centrismo" —tanto a nivel internacional como al interior del campo socialista, a raíz del conflicto sino-soviético—, mejoraron ostensiblemente las cosas para los comunistas italianos, los que volvieron a volcar su atención hacia la opción estratégica de Togliatti.

No obstante, pese a lo favorable de la nueva situación externa, el PDC logró formar una alianza de gobierno con el PSI, la que subsistió a través de los años sesenta. Ello alejó, una vez más, las posibilidades de que el PCI se convirtiera en un *partito di governo*.

Debemos señalar que hacia fines de los años cincuenta, y comienzos de la década del sesenta, el PCI enfrentaba, al menos, dos tipos de contradicciones: por un lado, su estrecha vinculación con la URSS hacía que muchos dudasen de la verdadera naturaleza de la "Vía Italiana" y, por otro lado, su retórica, aún plagada de viejos conceptos, hacía que muchos cuestionasen su verdadera vocación democrática.

Es así, por ejemplo, como, en 1956, junto con reafirmar los contenidos básicos de la "Vía Italiana", el PCI apoyaba la invasión soviética de Hungría. Por otro lado, en su VIII Congreso, ese mismo año, el partido reafirmaba su carácter "marxista-leninista" y su adhesión a la "dictadura del proletariado". También su militancia partidaria disminuía, pasando de 2.100.000 en 1954 a 1.700.000 en 1961.

El propio Togliatti comprendía la necesidad de redefinir algunas cuestiones, pero habría de ser Berlinguer quien llevara a cabo las gran-

des transformaciones. El último documento que Togliatti nos legara fue el famoso "Memorandum de Yalta" (1964), considerado como su testamento político. En síntesis, dicho documento contiene una crítica a la URSS, a la que Togliatti reprocha el que el problema del estalinismo no haya sido resuelto en términos adecuados (más allá de los "errores" cometidos por Stalin o de las desviaciones provenientes del "Culto a la Personalidad"). En el fondo, señala Togliatti, el problema era el de "la limitación y supresión de las libertades personales y democráticas establecidas por Stalin", las que aún subsistían (37).

Togliatti murió en el mismo año 1964 y, Luigi Longo primero, y Berlinguer después desarrollaron aún más a fondo dicha crítica, contribuyendo a expandir los dos pilares básicos de lo que luego, en la década posterior, se conocería como el "eurocomunismo": en lo externo, autonomía, y, en lo interno, pluralismo político (38).

Una demostración del nuevo rumbo que el PCI tomaba fue la reacción de dicho partido frente a la invasión soviética de Checoslovaquia, en 1968. Mientras que el principal órgano comunista, *L'Unità*, señalaba que "la soberanía es un derecho inalienable" (39), Berlinguer anotaba que dicha invasión no era simplemente un "error" o "accidente", sino el producto de "las contradicciones y dificultades objetivos del mundo socialista" (40). Longo, por su parte, señaló que "las fronteras del socialismo ya no coinciden con las fronteras del campo socialista" (41). En el ala derecha del partido, Giorgi Amendola hablaba derechamente de una *Terza Via* para la Europa Occidental, distinta de la social democracia y del comunismo del Este.

En el intertanto, hacia fines de la década del sesenta y comienzos de los años setenta, Italia se sumía en una profunda crisis social y política, lo que llevó al PCI, ya bajo la conducción de Berlinguer, a proponer la suscripción de un gran acuerdo entre fuerzas democráticas, progresistas y antifascistas.

El antecedente principal de dicha iniciativa estuvo constituido por el derrocamiento de Salvador Allende en Chile, el 11 de setiembre de 1973. Así como Dubcek, en Checoslovaquia, en su intento por llevar adelante un socialismo "con rostro humano", había concitado el interés de los comunistas italianos, la "Vía Chilena al Socialismo", intentada por Allende, en "democracia, pluralismo y libertad", había generado grandes expectativas entre los mismos.

(37) TOGLIATTI (1979), p. 286.

(38) LANGE y VANNICELLI (1981), p. 10.

(39) BLACKMER y TARROW (1975), p. 61.

(40) AMY OT (1981), p. 179.

(41) SASSOON (1981), p. 216.

También había que anotar las similitudes entre ambos casos: un intento de llevar a cabo "reformas estructurales", bajo el marco de una Constitución democrática, en un país católico, con un Partido Demócrata Cristiano mayoritario. El resultado de ambas experiencias no podía ser más desolador: mientras que el experimento de Dubcek terminó aniquilado por los tanques soviéticos, Allende sucumbió ante el golpe militar perpetrado por las fuerzas armadas chilenas.

Lo que era aún más temible por la similitud con la historia italiana, era que, en el caso chileno, el "fascismo" se había instalado en el poder. Las memorias del pasado volvían a estar presentes entre los comunistas italianos.

Para evitar que ello ocurriera en Italia, en momentos en que arreciaba el terrorismo de ultraderecha, el que luego sería acompañado del terrorismo de ultraizquierda (Brigadas Rojas), se hacía necesario un nuevo "Compromiso Histórico", según Berlinguer, entre comunistas, socialistas y demócratacristianos.

¿Cuáles fueron las lecciones extraídas por Berlinguer del caso chileno? Ellas fueron expuestas en sendos artículos en la revista RINASCITA (42), y se reducen, básicamente, a dos: en primer lugar, el caso chileno demostraba la amenaza que el "imperialismo norteamericano" representaba en el campo internacional, lo que exigía redoblar los esfuerzos en pos de la "Coexistencia Pacífica". En segundo lugar, el caso chileno también demostraba que la violencia reaccionaria estaba siempre presente en la política interna. La posibilidad de una involución o regresión autoritaria era real, lo que exigía levantar un sólido "Compromiso Histórico", entre fuerzas democráticas.

Había, pues, que despertar la "conciencia democrática", según Berlinguer, y plantear la renovación de la sociedad italiana, en base al concurso de la "gran mayoría" del pueblo. El modelo era de la liberación de Italia en el período inmediatamente posterior a la guerra. Más que una "alternativa de izquierda" había que plantear, según Berlinguer, una "alternativa democrática", por lo que el problema de la "política de alianzas" era el principal a resolver. Es más: ni siquiera el 51% de los votos resolvería el problema. Había que llamar a un gran consenso democrático, entre fuerzas progresivas. Un gran "Compromiso Histórico".

A esa tarea se dedicó Berlinguer en los años siguientes, hasta que el asesinato de Aldo Moro, en 1978, frustró definitivamente la posibilidad de una alternativa como esa.

En esos años, el PDC experimentó una baja electoral, acompañada de acusaciones de corrupción, mientras que el PCI experimentaba el pro-

(42) BERLINGUER (1973).

ceso opuesto, llegando a alcanzar el 33% de los votos en 1975, y el 34% en 1976.

También en esos años (1973-1978) el fenómeno del "eurocomunismo" se encontraba en pleno apogeo. Hacia 1975, el PCI, el PCF y el PCE suscribían declaraciones públicas manifestándose en favor de la pluralidad de partidos y de la alternancia en el poder, junto a un reconocimiento explícito de los derechos de mayoría y minorías (43).

Berlinguer, por su parte, asumía una visión crítica de los "socialismos reales" declarando, en otro orden de cosas, que Italia debía "permanecer en la OTAN" (44) (no porque quisiera sino porque era un hecho que Italia era parte de un determinado bloque político-militar). Luego del asesinato de Moro, en 1978, Berlinguer declaró que no capitularía frente a la "conspiración terrorista" de las "Brigadas Rojas", insistiendo en la posibilidad del "compromiso Histórico" y en la vigencia del "eurocomunismo".

Durante los años sesenta no se habló de "dictadura del proletariado" al interior del PCI, y se asumió una mayor autonomía frente a la URSS —junto a una posición crítica frente al comunismo del Este— según lo atestigüara, una vez más, la condena a la invasión soviética de Afganistán, en 1979.

Berlinguer, por su parte, definía el socialismo "como la forma más elevada de democracia y libertad" (45), mientras que el PCI llamaba "a la transformación de Italia hacia una sociedad socialista fundada en la democracia política". Ello significaba, de acuerdo al PCI, "un consenso mayor que una simple mayoría", al interior de una "visión pluralista", que considerase la "alternancia en el gobierno" (46).

El máximo dirigente del PCI durante dicho período, falleció en 1984, y sólo la historia definirá el alcance real de la transformación llevada a cabo por el partido a partir de Berlinguer.

En el período de la postguerra, el PCI no habrá sido exitoso en transformarse en un *partito di governo*, pero sí tuvo éxito en transformarse en un *partito nuovo*. Tal vez sea cierto, siguiendo la expresión de Carlo Ripa di Maena, que, en el último tiempo, un verdadero "Bad Godesberg silencioso" (47) tuviera lugar al interior de dicho partido. El siguiente cuadro así pareciera confirmarlo.

(43) SASSOON (1981) p. 215.

(44) *Ibid.*, p. 212.

(45) LANGE y VANNICELLI (1981), p. 120.

(46) *Ibid.*, p. 51.

(47) PELLICANI (1981), p. 21.

Actitudes de las elites comunistas en Italia 1970-1981

	Porcentaje de dirigentes totalmente —o más o menos— de acuerdo con la afirmación presentada	
En la distribución del ingreso, los trabajadores están en una posición desfavorable	1971	100
	1976	100
	1981	82
Los sindicatos tienen demasiado poder en Italia	1971	5
	1976	10
	1981	21
El capitalismo representa una amenaza para Italia	1971	95
	1976	79
	1981	61
Muchos de los temores y perplejidades que se expresan sobre la creciente interferencia del	1971	15
	1976	25
Estado en las esferas social y económica son plenamente justificados	1981	62
Las mayores empresas industriales deberían ser nacionalizadas	1971	100
	1976	49
	1981	25
En los servicios públicos (v. gr., gas y transporte) el derecho a la huelga debería ser limitado	1971	0
	1976	12
	1981	71

FUENTE: Adaptado de R. D. PUTMAN et al., "Polarization and Depolarization in Italian politics: 1968-1981", trabajo preparado para la reunión anual de la APSA (1981), apéndice, tabla 1.

Aparece claro de lo anterior que el PCI ha evolucionado, desde una concepción puramente táctica y defensiva de la democracia, en el período entre las guerras, hacia una noción estratégica de mayor envergadura bajo Togliatti, y una formulación teórica más consistente bajo Berlinguer, que define la relación entre socialismo y democracia en términos de un compromiso formal con la democracia política, la que es vista como parte integrante del propio proyecto socialista.

¿Qué factores han permitido esta transformación?

En un primer nivel, podemos mencionar la contestación lúcida y temprana de la inviabilidad, en occidente, de una revolución tipo bolchevi-

que. Había que pasar de la "Guerra de Maniobras" a la "Guerra de Posiciones", lo que pasaba por la ocupación cultural de la sociedad, más que por el asalto al Estado. Tal vez fuera éste el principal aporte teórico de Gramsci, el que surgiera a partir del fracaso de los *Consiglia di fabbrica* (1919-1920), en el marco de una reflexión profunda sobre la naturaleza del poder en las sociedades occidentales. Sin ser un teórico del pluralismo, ni menos de la democracia representativa, este aporte teórico de Gramsci habría de tener gran influencia en el PCI y, en general, en el marxismo de occidente.

En un segundo nivel, tanto o más importante que el anterior, tenemos el impacto traumático de 20 años de fascismo, lo que condujo a la valorización de la democracia —más allá de un esquema defensivo o táctico—, primero bajo el diseño estratégico de Togliatti, y luego en un marco teórico más consistente bajo Berlinguer, en pleno período del "eurocomunismo". La experiencia autoritaria enseñó a los comunistas italianos que el verdadero dilema era aquél entre fascismo y democracia. A decir verdad, el fantasma del fascismo aún ronda en las mentes de los comunistas italianos, temiendo la posibilidad de una regresión autoritaria.

Finalmente, y ciertamente no menos importante, quisiéramos mencionar el contexto internacional en, al menos dos sentidos: en primer lugar, el nivel de distensión, que lleva al aislamiento y repliegue de un partido como el PCI, cuando aquél es escaso o nulo, o, a la inversa, a la participación y apertura, cuando el nivel de distensión es alto. El clima de "Coexistencia Pacífica" facilita el tipo de transformaciones anotadas, reforzando una acción al interior del sistema, mientras que un clima de "Guerra Fría" lo dificulta. En segundo lugar, la crítica directa y creciente al mundo de los llamados "socialismos reales", y la demanda de una mayor autonomía frente a la URSS, pueden anotarse también como factores decisivos en dichas transformaciones.

CONCLUSION

¿Qué factores han impulsado las grandes transformaciones, al interior de la izquierda europea, desde un marxismo ortodoxo y revolucionario, a comienzos de siglo, hacia un socialismo democrático y reformista, especialmente en el período de la postguerra? Sin pretender ser exhaustivos, y más allá de los rasgos distintivos de cada experiencia en particular, creemos encontrar los siguientes elementos comunes, tomando como base los tres casos estudiados, pero pensando también en otras experiencias socialistas democráticas de la Europa Occidental:

1. *La contradicción entre las premisas del marxismo y la realidad del desarrollo capitalista europeo.*

Este fue, casi literalmente, el título del libro que Bernstein escribiera a fines del siglo pasado, para exponer las razones de su "revisionismo":

había que revisar a Marx en aquello que no correspondiera a la realidad. Aunque sus tesis fueron derrotadas en ese entonces, terminarían por imponerse, especialmente en el período de la postguerra, en que los partidos de la izquierda europea se reconocieron como partidos "socialistas, democráticos, de reforma".

Las premisas del marxismo eran simples: producto de sus contradicciones internas, y de la agudización de la lucha de clases, el capitalismo terminaría por derrumbarse. Ello conduciría al advenimiento de la sociedad socialista.

Dos lecturas surgirían, desde el interior de la izquierda, sobre dicho aserto: la primera, de corte más bien determinista, haría referencia a la "inevitabilidad" de dicho proceso, según lo establecido por las "leyes" históricas del socialismo "científico" de Marx y Engels. Esta es la lectura típica de la social-democracia de la época, al interior de la Internacional Socialista, vinculada a los primeros divulgadores del marxismo, como Kautsky en Alemania y Plekhanov en Rusia, la que se remonta al propio Engels.

La segunda lectura, menos determinista que la anterior, rechaza esta concepción mecanicista y naturalista, vinculada a una visión simplista del materialismo histórico (basado en el modelo "base-superestructura"), y enfatiza, en cambio, el espacio abierto a la acción revolucionaria. Esta es la lectura, entre otros, de Lenin y Gramsci, al interior de la Internacional Comunista (aunque el teórico italiano reconoció que el pensamiento de Marx estaba "contaminado de incrustaciones positivistas y naturalistas", de las que habría surgido la interpretación determinista anterior).

Lo cierto es que, desde la perspectiva de cualesquiera de estas dos lecturas (más o menos determinista), las premisas del marxismo no parecían corresponder a la realidad del desarrollo capitalista de la Europa occidental, la que logró, a través del siglo veinte y desde fines del siglo pasado, un significativo grado de desarrollo económico, con menores, y no mayores, antagonismos sociales, al interior de una estructura de clases compleja.

A lo largo de dicho proceso y frente a esa realidad, la izquierda europea optó por la vía de la reforma y no de la revolución. Incluso en el caso de Gramsci —teórico de la revolución y no de la reforma— se descartó un tipo de revolución como el que había sido seguido exitosamente en Rusia. El propio Partido Comunista, fundado por Gramsci, se encargaría con el tiempo, más allá de toda retórica, de abrazar la vía de la reforma.

2. La posibilidad real —y la experiencia traumática— de la regresión autoritaria.

Todos los casos que hemos estudiado son postautoritarios (48): El nazismo alemán, el colaboracionismo francés y el fascismo italiano, marcaron indefectiblemente a las izquierdas de dichos países. Podemos decir, en términos más globales, que el conjunto del socialismo democrático europeo es postautoritario. Este es también el caso, en nuestros días, de los partidos socialistas de España, Portugal y Grecia.

La experiencia traumática del autoritarismo condujo al conjunto de la izquierda europea a una valoración de la democracia política, más allá de toda consideración táctica o puramente defensiva. Aquella ya no es vista simplemente como un instrumento en poder de la burguesía, o como la forma política del sistema capitalista, sino como una conquista popular, la que debe ser preservada y profundizada.

La democracia en vista como inseparable del socialismo y sus principios básicos son ampliamente reconocidos: pluralismo político, alternancia en el poder, respeto por los derechos de mayorías y minorías y respeto por los derechos y libertades democráticas fundamentales.

La posibilidad real de una involución autoritaria pone al socialismo europeo en estado de alerta contra el extremismo de derecha e izquierda (recuérdese la oposición intransigente del PCI a las "Brigadas Rojas") y refuerza su compromiso con la democracia política otrora calificada de "formal" o "burguesa".

3. Las leyes del "Mercado Político": la competencia electoral y partidaria.

Así, por ejemplo, el éxito alcanzado por la CDU, en Alemania, en los años posteriores a la guerra, fue determinante para las transformaciones habidas al interior del PSD, en la dirección de un tipo de partido de características similares al interior: un partido del tipo *catch-all*. Por otro lado, la ausencia de un competidor en la izquierda le permitió al PSD adoptar un programa el de Bad Godesberg, sin que su credibilidad como partido de la izquierda alemana se viera cuestionada. Ello no fue posible, sin embargo, en un caso como el del PSF, en el contexto de una izquierda ocupada por dos fuerzas poderosas que compiten entre sí por la preferencia del electorado: socialistas y comunistas.

Ese solo hecho, junto a la característica ya anotada de carecer de una base sólida en la clase obrera francesa, obligó a los socialistas franceses a llevar a cabo una transformación interna sin descuidar la radicalidad de su discurso, pese a que su comportamiento, según lo corro-

(48) Dejamos de lado la discusión acerca de si estos regímenes son "autoritarios", "totalitarios" o "dictatoriales". Tomamos el concepto de autoritarismo en un sentido amplio, como opuesto al régimen democrático de gobierno.

bora la experiencia reciente del gobierno de Mitterrand, no difiere sustancialmente del comportamiento del resto de los partidos de la socialdemocracia europea. Pero, una vez más, las transformaciones operadas en el sistema político francés, bajo la Quinta República, obligaron a los socialistas franceses a llevar a cabo importantes cambios internos, según se ha señalado.

Junto con acomodarse a la dinámica propia del régimen democrático de gobierno, y aprovechar los espacios que éste brinda, la izquierda europea también es consciente de los límites de la democracia política. En numerosas ocasiones, y especialmente al acceder al poder, la izquierda debe proponer 'pausas' en sus reformas, o hacer "concesiones" o buscar "compromisos", que incluso conducen a cambios en su plataforma programática, todo ello frente a las condiciones surgidas de la competencia electoral y partidaria.

Esos límites también provienen de la estructura de la economía (capitalista). Así, por ejemplo, la necesidad de mantener una competitividad internacional o de velar por ciertos equilibrios macroeconómicos elementales, conducen a la adopción de medidas que pueden aparecer incluso como contradictorias con los propios postulados programáticos e ideológicos. El caso más nítido y recitnte es el del propio gobierno socialista francés, con las medidas tomadas luego de un primer año intensivo en reformas "estructurales" y, especialmente, a partir de la incorporación de Laurent Fabius como Jefe de Gobierno (para no decir nada de la extraña situación actual con un Premier neogaullista como Chirac).

Aquí pareciera que estuviésemos ante un rasgo distintivo y común a las distintas experiencias europeas: reconocer los límites impuestos tanto por la estructura de la economía (capitalista) como por el régimen de gobierno (democrático), y empujar dichos límites desde el interior de ambos sistemas, pareciera ser un elemento típico, y más o menos definitivo, de lo que conocemos como socialismo democrático en la Europa occidental

4. El contexto internacional: los bloques político-militares y la crisis de los 'Socialismos Reales',

El fuerte componente de realidad que encontramos en los casos del socialismo democrático europeo, especialmente en la postguerra, reviste especial importancia en el contexto internacional.

No es que Berlinguer fuese un defensor entusiasta de la OTAN. Al contrario. Pero no pudo dejar de reconocer que Italia era miembro de un determinado bloque político-militar, y que si el PCI aspiraba a convertirse en un *partito di governo* debía reconocer a lo OTAN como una realidad, sin perjuicio de propiciar, desde su interior, todo tipo de reformas. Algo similar ocurre con Felipe González y el PSOE en España, los que han debido revisar aspectos de su programa y apoyar la presencia de España en la OTAN.

El socialismo democrático europeo de la postguerra ha preferido la "Coexistencia Pacífica" y la distensión. Ha rechazado la lógica de bloques, pero no ha podido desconocer la realidad de los bloques político-militares. Este aspecto explica, en parte al menos, algunas de las transformaciones anotadas, especialmente en lo que dice relación con la política exterior de dichos partidos de la izquierda europea.

Junto con lo anterior, la crisis de los "socialismos reales" (comunismo del Este) ha facilitado la existencia de una visión que distingue entre socialismos democráticos y no-democráticos. En el caso de partidos como el PCI, ello ha fortalecido los dos pilares básicos de lo que se conoció, en la década anterior, como el fenómeno del "eurocomunismo": autonomía, en lo externo —especialmente frente a la URSS— y pluralismo político, en lo interno.

Los testimonios de los disidentes políticos, las invasiones a países soberanos llevadas a cabo por la URSS, y la falta de dinamismo de las economías del Este, entre otros, han sido elementos decisivos en los cambios experimentados en distintos partidos de la izquierda europea. Surge la pregunta, por cierto, en las actuales circunstancias, del verdadero alcance y del potencial impacto en el socialismo europeo de las transformaciones emprendidas, en todos los frentes, por Gorbachev en la URSS.

Lo cierto es que el contexto internacional ha contribuido significativamente a las transformaciones anotadas.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- AMYOT, G., (1981), *The Italian Communist Party; the Crisis of the Popular Front Strategy*, St. Martin's Press, Nueva York.
- BERLINGUER, E., (1973), "Reflections after events in Chile", en *The Italian Communists* Nº 5-6, septiembre-diciembre.
- BERNSTEIN, E., (1909), *Evolutionary socialism: a criticism and affirmation*, New York, B. W. Huebsch.
- BLACKMER, D. y S. TARROW (eds.) (1975), "Communism in Italy and France", Princeton University Press, New Jersey
- BRAND, W. (1976), *People and politics; the years 1960-1975*, Little, Brown and Company, Boston.
- BROWN B. (1922), *Socialism of a different kind; reshaping the left in France*, Greenwood Press, Connecticut.
- CODDING, G. y W. SAFRAN (1979), *Ideology and Politics: the Socialist Party of France*, Westview Press, Boulder, Colorado.
- CRIDDLE, B. (1982), "The French Parti Socialiste", en David S. Bell (ed.), *Contemporary French Political Parties*, St. Martin's Press, Nueva York.
- CHALMERS, D. (1962), *The Social Democratic Party of Germany: from working-class movement to modern political party*, Yale University Press, New Haven.

- CHILDS, D. (1966), *From Schumacher to Brandt; the story of German socialism, 1945-1965*, Pergamon Press, New York.
- DYSON, K.H.F. (1975), "Left-wing political extremism and the problema of tolerance in Western Germany", en *Government and Opposition*, vol. 10, 3, verano.
- GAY, P. (1952), *The dilemma of democratic socialism: Edward Bernstein's challenge to Marx*, Columbia University Press, New York.
- GRAMSCI, A. (1977), *Selections from political writings, 1910-1920*, International Publishers, Nueva York.
- (1978), *Selections from political writings, 1921-1926*, International Publishers, Nueva York.
- HOARE Q. y G. SMITH (es), (1971), *Selections from the prison notebooks of Antonio Gramsci*, International Publishers, Nueva York.
- JAURES, J. (1908), *Studies in Socialism*, Independent Labour Party, Londres.
- JOLL, J. (1974), *The second international (1889-1914)*, Routledge and Kennan, Londres.
- KIRCHEIMER, O. (1966), "The transformation of the Western European Party-systems", en Joseph La Palombara y Myron Weiner (eds.), *Political Parties and Political Development*, Princeton University Press, New Jersey.
- LANGE, P. y M. VANNICELLI (eds.), *The communist parties of Italy, France and Spain: postwar change and continuity*, George Allen and Unwin, Harvard University, Boston.
- LEVY, L. (1947), *Anthologie de Jean Jaurès*, Edition Penguin, Londres.
- LIEBER, N. (1977), "Ideology and tactics of the French Socialist Party", en *Government and Opposition*, vol. 12, Nº 4, Otoño.
- MC INNES, N. (1975), *The communist parties of Western Europe*, Oxford University Press.
- MICHELS R. (1962), *Political parties: a sociological study of the oligarchical tendencies of modern democracy*, The Free Press, New York.
- NETTL, P. (1965), "The German Social Democratic Party (1890-1914) as a political model", en *Past and Present* Nº 30, abril.
- NOLAND, A. (1956), *The founding of the French Socialist Party (1893-1905)*, Harvard University Press, Cambridge.
- PELLICANI, L. (1981), *Gramsci: an alternative communism?*, Hoover Institution Press, Stanford, California.
- SASSOON, D. (1981), *The strategy of the Italian Communist Party; from the resistance to historic compromise*, St. Martin's Press, Nueva York.
- SCHALLENGER, K. (1966), "The German Social Democratic Party after World War II: the conservatism of power", en *Western Political Quarterly* vol. 19, junio.
- STEENSON, G. F. (1978), *Karl Kautsky, 1854-1938; Marxism in the Classical years*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh.
- TOGLIATTI, P. (1979), *On Gramsci and other writings*, editado por Donald Sassoon, Lawrence and Wishart, Londres.
- ZIEBURA, G. (1967), *Léon Blum et le Parti Socialiste, 1872-1934*, Librairie Armand Colin, París.